



KONVERGENCIAS LITERATURA
Año III, Número 11, Octubre 2009.
ISSN 1669-9092

**EL AGUA COMO SÍMBOLO
EN ALGUNOS TEXTOS
DE JORGE LUIS BORGES**

Marcelo Bianchi Bustos¹

**(Universidad Argentina J.F.Kennedy -
Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales, Argentina)**

¿Permanencia o cambio? ¿Movilidad o quietud? ¿Cotidiano o extraño? ¿Pura? Estas son tan sólo algunas primeras preguntas que surgen al pensar en el agua, uno de los elementos de la naturaleza que, desde mi concepción, adquiere una fuerza especial en la obra borgiana. Si consideramos que la misma en la obra de Jorge Luis Borges un símbolo, tendremos que pensar de qué, qué concepciones y acepciones del agua son las que aparecen. Si duda, podemos considerar a la misma como una muestra de cultura, entendida ésta como “un sistema de significados, actitudes y valores compartidos y de formas simbólicas (espectáculos u objetos) a través de los cuales se expresa o encarna” (Burke, 1991: 25). Y sí, el agua en la obra del autor encarna distintas formas simbólicas. Si nos remitimos al diccionario de la Real Academia Española, el agua es una “Sustancia cuyas moléculas están formadas por la combinación de un átomo de oxígeno y dos de hidrógeno, líquida, inodora, insípida e incolora. Es el componente más abundante de la superficie terrestre y, más o menos puro, forma la lluvia, las fuentes, los ríos y los mares; es parte constituyente de todos los organismos vivos y aparece en compuestos naturales” (RAE, 2001) Bendita, blanda, capilar, corriente, de colonia, de cristalización, destilada, dura, freática, fuerte, juvenil, mineral, oxigenada, bautismal, jurisdiccional, mayor, menor, residual, etc. ¡Cuántas variantes! ¿Pero no será posible que el agua sea muchos más que todo eso, que sea más que ese líquido incoloro, inodoro e insípido? La respuesta a este interrogante no se consigue en un manual de ciencias

¹ Profesor Adjunto del Departamento de Literatura de la Universidad Argentina J. F. Kennedy y Profesor Titular de Didáctica de la Lengua y la Literatura de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. Doctorando en Letras; Licenciado en Enseñanza de la Lengua y la Comunicación; Profesor de Castellano, Literatura e Historia; Especialista en Investigación Educativa y en Educación.

sino que nos la da la literatura debido a lo fluctuante de los significados, a ese decir “más y más” como afirmó Alejandra Pizarnick en el *Infierno amenazado*.

Sin lugar a dudas, el agua es vida, forma parte de ella. Ya desde aquellos versos de Jorge Manrique en los que escribió “*Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir*”, entiéndase ríos como agua, la misma ha adquirido una especial importancia en el terreno literario: por ella Odiseo viaja desde Itaca sufriendo toda una serie de verdaderas aventuras debido a que el Dios máximo va a descargar su ira contra él; con ella Dios decide exterminar a la raza humana en el Génesis y al mismo tiempo es en el bautismo el elemento por el cual se borra el pecado original. Si el agua es un elemento importante en el universo amplio que es la literatura, me interesa pensar, tal como lo he dicho antes, acerca de cómo se presenta la misma en la obra de uno de los escritores argentinos más importantes, Jorge Luis Borges.

Considero que, de los cuatro elementos de la naturaleza, el agua es la que adquiere una mayor presencia en la obra borgiana. En el presente trabajo tomaré algunas poesías en las que Borges hace referencia directa o indirecta al elemento que nos ocupa. En uno de los poemas que toman al agua como tópico, publicado en el libro *La moneda de hierro* (1976)², llamado “Heráclito”, Borges escribe:

*“Nadie baja dos veces a las aguas
Del mismo río. Se detiene. Siente
Con el asombro de un horror sagrado
Que él también es un río y una fuga.
Quiere recuperar su mañana
Y su noche y la víspera. No puede”.*

Esta clara referencia al agua y a la esencia del hombre es por demás clara. La intertextualidad con esa idea de Heráclito, el gran filósofo griego, que decía para sostener que todo cambia y que nada permanece que el agua que vemos en un determinado instante ya no la podremos volver a ver (algo tal vez parecido a esa joya tan valiosa de Tagore). Tal vez por la importancia, para él y para la cultura en sí, que tiene el sabio, le dedica el poema “Heráclito en *El elogio de la sombra* (1969):

*“¿Qué río es éste
por el cual corre el Ganges?
¿Qué río es éste cuya fuente es inconcebible?
¿Qué río es éste
que arrastra mitologías y espadas?
Es inútil que duerma.
Corre en el sueño, en el desierto, en un sótano.
El río me arrebató y soy ese río.
De una materia deleznable fui hecho, de misterioso tiempo.
Acaso el manantial está en mí”.*

² Si bien cita las obras en las que aparecieron los textos, los mismos han sido extraídos de las Obras completas citadas en la bibliografía.

Sin intentar repetir lo ya dicho, llama la atención aquí como el mismo hombre se transforma en río que contiene agua, que es su esencia. La idea de lo inmediato, opuesto a lo eterno, de lo efímero en ese misterio universal que es el tiempo y al que Borges le dedicó una maravillosa conferencia. Y sí, el agua en ese río es tiempo, es paso, es cambio, es mutación. Como escribe en *Arte Poética* (en *El hacedor*, 1960):

*“Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río.
Saber que nos perdemos como el río
Y que los rostros pasan como el agua”* (Borges, 1989: 169).

La asociación del río con el tiempo es una constante, tal vez por esa referencia a Heráclito o tal vez porque el tiempo no existe como tal sino que es una metáfora de lo inexorable, de lo que viene y no se sabe, de aquello que no se conoce. *“El silencioso río del tiempo –esa metáfora es inevitable – está confluyendo en lo campos, en el espacio, está fluyendo entre los astros”* (Borges, 1998: 84).

Considerando al agua como topoi, la misma aparece nuevamente en el río, pero ahora en *Los conjurados* (1985), en el cuento Juan López y John Ward, escribe: *“López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil”*. Ese río en el contexto de la obra es el de la Plata, el río de Buenos Aires, pero tal vez haya que pensar en esa oposición, extraña, del río inmóvil pero que transporta el agua, ese símbolo del cambio.

Tal vez la idea del paso del tiempo, lleve a vincular al agua con la muerte, tal como se lee en el *Poema conjetural* (en *El otro*, el mismo, 1964):

*“Como aquel capitán del Purgatorio
que, huyendo a pie y ensangrentando el llano,
fue cegado y tumbado por la muerte
donde un oscuro río pierde el nombre,
así habré de caer”* (Borges, 1989: 165).

En síntesis, el agua adquiere en la obra de Borges, en sus poesías, una fuerza que hace que la misma sea más de lo que es para ser en realidad un verdadero símbolo del cambio, de la mutación, del paso del tiempo, de lo inevitable contrapuesto a lo inmóvil, a lo estático. Representa, según Baczko (1979: 22) una realidad, no actúa fuera de ella. Pero como vimos, se trata de una realidad compleja, con matices y con pequeñas y sutiles diferencias, como la vida misma, de la cual el agua forma parte.

Referencias bibliográficas

- Baczko, B. (1979) *Los nuevos imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión.
Borges, Jorge Luis (1978) *Borges oral*, Buenos Aires, Alianza.
Borges, Jorge Luis (1989) *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé.